

¿ES LA CONSTITUCIÓN UNA CASA? ¿CÓMO ES SU ARQUITECTURA?

IS THE CONSTITUTION A HOUSE?

HOW IS ITS ARCHITECTURE?

Palabras clave

Leyes
Constitución
Reformas
Crisis
Debate

El domingo 10 de noviembre de 2019, veinticuatro días después de iniciado el estallido social en Chile - y tras una reunión en la casa del presidente - el ministro del Interior declaró que «la constitución es la ley más importante,

On Sunday, November 10, 2019, twenty-four days after the social outbreak began in Chile - and after a meeting at the President's house - the Prime Minister declared that "the constitution is the most important law,

Arquitectura constitucional

Constitutional architecture

Curioso que el ministro del Interior recurra a la arquitectura para referirse a nuestra carta magna, aunque ya antes, Patricio Zapata, conocido constitucionalista socialcristiano, había titulado su libro sobre el proceso constituyente en curso sirviéndose de la misma imagen: la «casa de todos». Es que el término no deja de ser equívoco, sibilino de todas maneras.

Uno piensa qué se quiere decir con esta expresión y se viene a la mente un templo laico (no, precisamente, la 'casa del Señor'). En ningún caso un hogar, una 'casa solar', mansión vinculada a un linaje noble ('casa real', 'casa grande' o señorial); ni digamos que un lugar de diversión (*public house* o taberna, casa 'de recreo' o 'de citas'), ni tampoco una tumba - en tanto 'última morada' -. Dudoso también que se trate de un equivalente al tambarán de las tribus de Nueva Guinea, o a la 'casa larga' de los iroqueses (demasiado antropológico), aunque quién sabe, hoy todo es posible (dicen). No es impensable, sin embargo, que se esté conjurando algo así como un lugar de socorro, proveedor de protección o asilo, una iglesia, o una logia masónica. La francmasonería es especialmente dada a postular normas y creer que con reglas, escuadras y compases se puede recrear el universo. Vibra con auras e irradiaciones de algún espíritu tenido por común, incluso cósmico y, de hecho, que

ALFREDO JOCELYN-HOLT

Profesor, facultades de Derecho,
Filosofía y Humanidades e Ingeniería,
Universidad de Chile, Santiago, Chile

It seems curious that the Interior Minister turned to architecture when referring to our constitution, although in fairness, Patricio Zapata, a well-known Socialist-Christian constitutionalist, had already entitled his book on the ongoing constitutional process using the same image: the 'house for all.' The term, however, remains equivocal, sibylline even.

If one thinks about the meaning of this expression, a secular temple comes to mind (not, precisely, the 'House of the Lord'). And in no case a home, a 'solar house,' a mansion linked to a noble lineage ('royal house,' 'big house' or manor house); let alone a place of fun (public house or tavern, 'recreational' or 'dating' house), nor a grave - as a 'last dwelling.' Doubtful as well to think of an equivalent to the *tambarán* of the New Guinea tribes or the Iroquois 'longhouse' (too anthropological); although who knows, today everything is possible (so they say). It is not unlikely, however, that something like a relief site, protection or asylum provider, a church, or a Masonic lodge is being conjured. Freemasonry is especially prone to postulate norms and believe that the universe can be recreated using rulers, squares, and compasses. It vibrates with auras and radiations of some spirit considered common, even cosmic and, indeed, the fact that Gonzalo Blumel descends from Enrique Mac-Iver, great master, and a Mapuche *lonko*, or that he summons

es la casa de todos y tiene que ser ratificada por la ciudadanía, para que pueda ser el nuevo cuerpo, la nueva casa que nos cobije por los próximos años».

El que la segunda autoridad del gobierno haya utilizado una analogía arquitectónica para explicar el significado de una constitución, nos permite pensar en la arquitectura de esta nueva carta magna. ¿Cuáles son las fundaciones de esa «casa de todos»? ¿Qué tan grande debe ser? ¿Se necesita una casa nueva o sólo una remodelación? En suma, ¿cómo es su arquitectura? Con esas preguntas abrimos el debate de este número de ARQ sobre Leyes.

it is everyone's house and It has to be ratified by the citizens so that it can be the new body, the new house that shelters us for the next few years.”

The fact that the second government authority has used an architectural analogy to explain the meaning of a constitution allows us to think about the architecture of this new constitution. What are the foundations of such “everyone's house”? How big should it be? Do we need a new house or just a remodel? In short, how is its architecture? With those questions, we open the debate of this issue of ARQ on Laws.

Keywords

Laws
Constitution
Reforms
Crisis
Debate

Gonzalo Blumel descienda de Enrique Mac-Iver, gran maestro, y de un *lonko* mapuche, o veranee en familia nada menos que en Constitución, puede que incida en su elección de metáfora.

Preocupante, igual, puesto que semejante pseudosacralización se topa con objeciones aterrizadas, potentes, propias de nuestra tradición constitucional laica. Desde luego, la vertiente que nos viene de Montesquieu, como también esa otra que hace hincapié en el acervo foral medieval (ibérico en nuestro caso), desconfían de un monismo esencialista. En efecto, se habla de un «espíritu de las leyes», pero referido a múltiples ánimos detrás de distintos regímenes (monárquico, republicano y despótico) y la valoración de parlamentos o cortes del reino, convocados para cursar gravámenes, persiste hasta hoy. Su objeto no es otro que equilibrar y moderar al poder real. Esto porque el liberalismo, cuanto más irreprochable en su afán por establecer límites, desconfía de la soberanía en tanto poder supremo (eventualmente de la popular, no sólo la variante regia absolutista o personalista carismática). De ahí que se mire con recelo la participación directa y mayoritaria – democrática – prefiriéndose a ciudadanos moralmente conscientes, sólidos, no a cualquiera, debidamente facultados para gobernar y representar, sospechándose asimismo de la planificación, recurso de Estados todopoderosos (totalizantes en la medida que nos movemos al siglo xx desde el rousseaunismo jacobino). Más afín, este parlamentarismo, a prácticas institucionales y jurídicas, oligárquico su sesgo social, que a un dirigismo constructivista ansioso de hacer tabula rasa, preferir ‘hojas en blanco’ y pretender comenzar desde cero.

Nuestras repúblicas hispanoamericanas se instauran después de que colapsa el absolutismo y se produce un tremendo vacío. ¿Quiénes, por tanto, si no oligarquías patricias, suspicaces tanto de burocracias estatales como de posibles mayorías con nula experiencia de poder, podrían haberse hecho cargo de la situación una vez que se esfuman la monarquía y aparato ministerial? Es que difícilmente podría haberse optado por una línea revolucionaria. De ahí que se aceptara funcionar en hemiciclos parlamentarios, sentados unos y otros a la derecha o izquierda del espectro político según sus adhesiones locales, religiosas, crecientemente ideológicas, y que se admitieran constituciones para justamente canalizar conflictos entre elites; de lo contrario, podían generarse cesarismos despóticos acompañados de grupos alzados tradicionalmente privados de participar. Estas constituciones para nada se han tenido como solución permanente; en América Latina llevamos 250 a la fecha.

¿Es que se trataría, entonces, de castillos de naipes, construcciones efímeras, ‘repúblicas de aire’ no suficientemente representativas? En Chile, definitivamente, no. Por el contrario, nuestro experimento más exitoso – la Constitución de 1833 – perduró durante dos tercios de sus 92 años gracias a que

en la ciudad de Constitución con su familia, puede que influya en su elección de metáfora.

Unsettling, at the same time, since such pseudo-sacralization encounters grounded, powerful objections, typical of our secular constitutional tradition. Of course, the influence that comes to us from Montesquieu, in addition to that which emphasizes the medieval regional heritage (Iberian in our case), both distrustful of an essentialist monism. Certainly, there is an idea of the ‘spirit of the laws,’ but referred to multiple moods behind different regimes (monarchist, republican, and despotic) and the valuation of parliaments or courts of the kingdom, called to take assessments, persists until today. Its object, being none other than balancing and moderating real power. This, because liberalism, all the more irreproachable in its eagerness to set limits, distrusts sovereignty as supreme power (eventually the popular one, not just the absolutist or charismatic personalist royal variant). Hence, its suspicion in direct and majority participation – democratic – preferring morally conscious, solid citizens – and not anyone – duly empowered to govern and represent, and, likewise, distrusting of planning, a tool of almighty states (totalizing inasmuch as we move from Jacobin Rousseauism to the 20th century). This parliamentarianism is closer to institutional and legal practices with an oligarchic social bias than to a constructivist leadership eager to make a tabula rasa, preferring ‘blank pages’ and pretending to start from scratch.

Our Spanish-American republics are established after absolutism collapsed and there is a tremendous void. Who, therefore, if not patrician oligarchies, suspicious of both state bureaucracies and possible majorities with no experience of power, could have taken charge of the situation once the monarchy and ministerial apparatus vanished? One could hardly have opted for a revolutionary line. Consequently, it was accepted to function in parliamentary hemicycles, sitting on the right or left of the political spectrum, according to their local, religious, increasingly ideological, adhesions, and that constitutions be admitted to justify conflicts between elites; otherwise, despotic Caesarisms could be generated accompanied by insurgent groups, traditionally deprived of participation. These constitutions have never been considered a permanent solution; we have 250 to date in Latin America.

Are we dealing, then, with houses of cards, ephemeral constructions, ‘air republics’ not representative enough? In Chile, definitely not. On the contrary, our most successful experiment – the Constitution of 1833 – lasted for two-thirds of its 92 years thanks to the fact that its original text was left behind, reforms were admitted, it gradually incorporated more politically organized sectors, it marginalized the military from power, and avoided plebiscitary dilemmas such as those that hit the two later constitutions – of 1925 and 1980 – at critical junctures (1964, 1970, 1973, 1980, 1988, and again now in 2020). Did this successful trajectory mean we became more

se dejó atrás su texto original, se admitieron reformas, incorporó gradualmente a más sectores políticamente organizados, marginó a militares del poder, y se evitaron disyuntivas plebiscitarias como las que azotaron a las dos constituciones posteriores – de 1925 y 1980 – en coyunturas críticas (1964, 1970, 1973, 1980, 1988 y de nuevo ahora en 2020). ¿Volviéndonos, en esa trayectoria exitosa, más soberanos y democráticos, y convirtiendo nuestra carta magna en una supuesta «casa de todos»? Para nada. Más bien, perfeccionando una creciente institucionalización acompañada de un ánimo favorable a canalizar conflictos por la vía política, entendida como ingeniería y diseño arquitectónico antisísmico, apostando por el pluralismo y la negociación entre partidos. Montesquieu seguramente hubiese aprobado nuestro récord histórico decimonónico, habiendo primado el espíritu de las leyes, más que leyes mismas.

El símil arquitectónico no es válido en otro sentido. No existen entre nosotros modelos de edificios que congreguen a toda la comunidad. Vicuña Mackenna describía el Santiago colonial como una ciudad de templos, así en plural, de conventos y congregaciones que se andaban dando puñetes entre ellos, incluso incendiándose unos a otros, no de un único templo como Jerusalén o La Meca. Nuestra catedral nunca ha logrado ser equivalente a Chartres o Notre Dame. Ninguno de nuestros edificios públicos ha sido 'de todos'. Es el palacio del Gobernador, de la Audiencia, de La Moneda (del Ejecutivo), del Congreso. De modo que tampoco es que haya una tradición que anticipe semejante hermandad progresista, participativa universal, como la imagina Blumel.

«Damos forma a nuestros edificios y luego nuestros edificios nos dan forma», afirmaría Winston Churchill cuando abogó por reconstruir la sala de los Comunes destruida durante el Blitz (no hacer otra nueva semicircular). Vista la lógica constitucional chilena, es posible que Churchill tampoco hubiese objetado lo que hemos logrado a la fecha, fruto de ensayo y error, corrigiéndonos, pragmatismo mediante, en el camino. Y es que la historia política no es tan distinta a la de la arquitectura. Hasta las más notables obras devienen en ruinas, construcciones inservibles, adquieren otros usos que los originalmente presupuestados o se vuelven anacrónicas. Pero ahí están, son admirables, sirven de modelo, y ¿han sido superadas? **ARQ**

sovereign and democratic, turning our Magna Carta into a supposed 'house for all'? Not at all. Rather, perfecting a growing institutionalization accompanied by a favorable spirit to channel conflicts through political means, understood as engineering and anti-seismic architectural design, betting on pluralism and negotiation between parties. Montesquieu would surely have approved of our 19th century historical record, having prevailed the spirit of the laws, rather than laws themselves.

The architectural simile is not valid in any other way. There is no model of a building that congregates the entire community. Vicuña Mackenna described colonial Santiago as a city of temples, using the plural to speak of convents and congregations that were at each other's throats, even burning each other; there was no single temple such as Jerusalem or Mecca. Our cathedral has never been equivalent to Chartres or Notre Dame. None of our public buildings have been 'for all.' It is the palace of the Governor, of the Audience, of La Moneda (of the Executive), of the Congress. So there is no tradition that anticipates such a progressive, participatory universal brotherhood, as the one Blumel imagines.

"We shape our buildings and then our buildings shape us," said Winston Churchill, when he advocated rebuilding the Hall of Commons destroyed during the Blitz (and not to make another semicircular). Given the Chilean constitutional logic, it is possible that Churchill would have no objection to what we have achieved to date, the result of trial and error, correcting us, with pragmatism if willing, along the way. In that sense, political history is not so different from that of architecture. Even the most notable works become ruins, useless buildings, acquire other uses than those originally intended, or become anachronistic. But there they are, admirable, serving as models, and have they been surpassed? **ARQ**

Alfredo Jocelyn-Holt

<alfredo.jocelynholt@gmail.com>

Historiador, D. Phil. Universidad de Oxford, Reino Unido; B.A. Historia del Arte, y M.A., en Estudios Humanísticos, Universidad Johns Hopkins, EE.UU. Autor de *Una historia general de Chile* (tres de seis volúmenes a la fecha) y *La casa del museo: la casa Yarur Bascuñán de Vitacura y Museo de la Moda* (2018). Actualmente es profesor de las facultades de Derecho, Filosofía y Humanidades e Ingeniería, Universidad de Chile.

Historian, PhD. in Philosophy, Oxford University, UK; B.A. in Art History, and M.A., in Humanistic Studies, Johns Hopkins University, USA. He is the author of *Una historia general de Chile* (three of six volumes to date) and *La casa del museo: la casa Yarur Bascuñán de Vitacura y Museo de la Moda* (2018). He is a Professor at the faculties of Law, Philosophy and Humanities, and Engineering, of Universidad de Chile.